

sados de visitarse á hurtadillas por debajo de las montañas y las sierras, extienden los brazos por encima en ocasiones y se dan esos besos gigantescos que van á resonar en la bóveda celeste. Mas dando por inverosímil, á causa de la prohibicion del Todopoderoso, ese ayuntamiento descompasado de los dos mares mayores del globo, matrimonio á viva fuerza, todavía no les quedaba del todo cerrado el paso á esos curiosos y vagabundos Cananeos. Mórton y Háyes, exploradores atrevidos del mar libre del Norte, tomaron por tierra firme los enormes témpanos de hielo que acaso flotaban á la distancia en ese mar pavoroso y terrible en demanda del cual se perdió Franklin. Los osos blancos del polo viajan largos trechos embarcados en sus naves heladas, las cuales van desfilando con las corrientes marítimas ó impelidas por los vientos: ¿qué maravilla que los habitantes del extremo del Asia hubiesen pasado á pié enjuto por un puente de nieve, ó á bordo de un blanco navío que cual cisne apocalíptico volaba de un mundo á otro? Si á la vuelta de los siglos salió del seno de la eternidad un hombre iluminado por un rayo divino, y sobre seguro enderezó su rumbo á estas regiones ignoradas, bien puede ser que dos ó tres mil años ántes algun sabio, siquier aventurero, hubiese hollado las costas vírgenes de América. Un brasileño amigo de las ciencias pretende haber dado con la clave del secreto, mediante el hallazgo de una piedra cargada de una inscripcion fenicia, cuyos caracteres insinuan lo necesario para que vengamos en conocimiento de los primeros pobladores de nuestro continente. Piedra santa, si verdadera, piedra consagrada en la oscuridad por la mano del tiempo, sa-

cerdote invisible que consume sus misterios en el altar del universo; piedra sagrada, piedra santa, yo te bendigo.

El señor Wladislao Netto ha descifrado esos caracteres fenicios de órden del Instituto histórico de Rio Janeiro, con auxilio de la lengua hebraica antigua, y ha descubierto que ahora veinte y tres ó veinte y cuatro siglos, por los tiempos de Hiram II, fueron deportados al África ciertos Cananeos de Sidonia, los cuales huyendo de los huracanes del Cabo de Buena Esperanza y Senegambia, se echaron mar adentro, y fueron arrastrados por la corriente ecuatorial hasta las costas del Brasil. Por desgracia este sabio no ha visto la piedra ni se ha estremecido agradablemente poniendo los dedos en ella: sus ojos vieron una copia de la inscripcion, y está por descubrir dónde pára ese precioso documento, si en la Parahiba del Sur, si en la del Norte. Existe en realidad de verdad esa piedra, la cual seria más preciosa que un carbunco de su propio tamaño? Si no existe, ¿quién pudo inventar y forjar esos caracteres fénico-púnicos del más puro y bello perfil, como dice alborozado el descifrador de ese noble geroglífico? No sé si nos hallamos ya hartos sabios y corrompidos para esas imposturas de genio con las cuales algunos bribones de gran talla han hecho figa de todo un mundo europeo. Séneca echó de ver que, cuando comparecieron los hombres hábiles, los de bien habian desaparecido. Ya un monje del siglo xv regaló á sus contemporáneos con las obras perdidas de Manethon, Beroso, Methas y otros historiadores de la antigüedad, todas de su propio caudal, esfuerzo increíble de la imaginacion. Un mucha-

cho de trece años contrahizo los poemas de Rowley de tan acabada manera, que fueron precisos todo el criterio y la penetracion de un Roberto Walpole para descubrir la superchería del pequeñuelo Chatterton. Simónides echó evangelios á manta de Dios, y hasta Shakespeare tuvo quien le aumentase sus tragedias; y no hacen cuatro años hemos visto á un miembro del Instituto de Francia comprar cuestas lo que costare autógrafos de los hombres más ilustres de los tiempos antiguos. Si no somos víctimas de un Jorge Psalmanazar ó de un Uranio Lucas, el secreto de la poblacion del nuevo continente nos será al fin revelado, y nos ensoberbeceremos con sentir correr por nuestras venas los remanentes de la sangre de uno de los pueblos más ilustres de la antigüedad, junto con la más noble de estos tiempos. Los mares todos prestaron pleito homenaje al cetro de los fenicios; el mundo se ha dejado estar en silencio temblando ante el leon de Castilla: pueblo que descendiese de españoles y fenicios estaria, sin duda, llamado á las mayores cosas. Quién sabe, en efecto, lo que serán nuestros descendientes cuando el viajero se siente triste á meditar sobre los escombros del Louvre, del Vaticano ó de San Pablo? Ni se diga que las moléculas ardientes de sangre africana que nos rojea un tanto el cútis retarde algun espacio nuestro engrandecimiento por medio de la civilizacion: *el humus*, la tierra negra, es la que comunica á las demás la virtud productora: la creta, la arena son estériles de suyo. ¡Y yo que he visto un consistorio donde los señores negros renegros, más graves que los senadores romanos con sus cetros de marfil, se estaban á dictar leyes á un Estado! Vasco

Nuñez de Balboa, cuando subido en la cumbre de un monte contemplaba asombrado en lontananza el relumbron del océano Pacífico, no sabia que ántes de tres siglos el Africa habia de reinar en el mar donde él iba á plantar la bandera de los reyes de Castilla. Libertad es el supremo civilizador de los hombres: pueblo donde el negro y el indio pueden sentarse en el Senado, sin detrimento de la raza predominante, ha hecho, sin duda, mucho por la civilizacion. Los anglo-americanos persiguen cual pudieran á bestias bravas á los dueños legítimos del territorio que poseen: en cuanto al negro, nada presta el que la ley le hubiese declarado libre, si las preocupaciones y las costumbres no aflojan un punto el yugo debajo del cual le tienen. Los hispano-americanos, por el contrario, alargan la mano bañada en luz á la raza india, y cuando ésta da de sí individuos organizados como Benito Juarez, los pone bajo el solio. Si Dios es servido de permitir que algun dia se civilice toda esta raza, entónces nos será remitido el crimen de nuestros padres; crimen, no el haber conquistado á los indios, sino el haberlos vuelto rayas y párias. Nosotros no los matamos; los procuramos sacar, y no sin trabajo, de la servidumbre á que ellos se inclinan fuertemente, como acreditando una esclavitud de naturaleza. Estéban de la Boetie tendrá razon? Dios no lo permita: en ese caso la filosofia y la filantropía serian las mayores criminales.

Un predicador de mucha fama dijo una vez en mi presencia que Lincoln era un gran malvado. Para algo les ha de servir la corona á ciertos crueles enemigos de

sus semejantes. *Juxta illud : si quis suadente diabolo :* así principia el cánon en donde el concilio de Trento excomulga al que los hiere. Con éstos cuando más puede uno hacer lo que el general de Goyon un día que se estaba repuntando con Monseñor de Merode. Como Su Eminencia apretase : Cardenal ! le dijo, si vuestros hábitos sacerdotales no me lo estorbaran, os asentaria ahora mismo un bofetón ; pero dadlo por recibido. Qué decis de un sacerdote que llama gran malvado al libertador de una vasta porción de hombres, abolidor de la esclavitud en casi medio mundo ? Ese fraile no sabia, sin duda, que uno de los encargos de Jesucristo fué la fundación de la libertad, y que con la cruz por delante han ido siempre los benefactores del género humano. El obispo de Chiapa cometió un error criminal, con sustituir unos esclavos á otros, como si del encadenar negros sacaran más provecho el reino de Dios y la filosofía, que del desatar las cadenas de los indios. Error de la conmiseración, error de la virtud ; error, crimen no. Los negros le deben en mal al santo Casas lo que los indios en bien : su intención respecto de los primeros no fué perversa ; Dios no ha tenido en cuenta sino las buenas respecto de sus obras para con los segundos. Con gusto hemos oído después exclamar á otro sacerdote, que en los brazos de la cruz pendían fracasadas las cadenas del mundo.

No repugna á la razón la idea de que los hombres,

tantos cuantos son los millones que cubren el haz de la tierra, provengan todos de un solo y mismo padre. Dios es uno : la unidad es el infinito del cual nacen todas las cosas ; y remontando hácia el origen de ellas, siempre vamos á parar al *uno*, gérmen fecundo que llena el universo con su multiplicación infatigable. Un grano de trigo da una espiga ; una espiga da ciento. Cuando esta simiente nobilísima queda entregada á la simple naturaleza, degenera, pierde sus calidades y se torna grano silvestre. Porqué no suponer que algunas ramas de la familia primitiva, echadas á la soledad de luengas tierras, sin más herencia que su propio poder, se hubiesen visto en la imposibilidad de pulir y cultivar el alma, que á más andar se les embastecía ? Los caracteres peculiares á ciertas razas de hombres destinan á los que cargan la consideración en estas cosas, sin que de las otras argumentaciones de los sofistas saquemos nada de provecho. La red de Malpighi, ese tejido misterioso en el cual la luz toma una modificación siniestra, modificación que le comunica al negro su color ; la mengua de los sesos ; lo agudo del ángulo facial ; las verrugas y dobleces de la hotentota, los cuales son una suerte de miembro supletorio de que carece el cuerpo en las demás razas ; éstas y otras consideraciones han hecho dudar de buena fé á algunos filósofos acerca del origen común de los hombres ; duda que los más audaces han elevado á principio incontrovertible, dando por el pie el grandioso monumento que contiene las creencias de gran parte del género humano. La propensión de ciertos animales á entroncar con el hombre, y el apocamiento de algunos hombres cuyos

sentidos tiran á enlaces envilecedores, pudieran tambien servir de alegato en este gran litigio de religion y filosofia. Los viajeros atestiguan que la hembra del orangutan y los otros monos de las especies grandes muestran tal predileccion por el negro, que si éste no anda muy sobre sí, se mira luego objeto de un asalto cuyo fin es el amor, y se ve arrebatado por esa rústica Medea á lo profundo de los bosques, en donde exige de él la última fineza. Los machos por su parte viven apasionados de las mujeres, y, atalayas constantes, se dejan estar en la cumbre de sus árboles, viendo á qué hora ha de comparecer allí la prenda de su cariño. Si su buena fortuna les depara una inocente Rebeca que va por agua á la fuente ó por leña al chaparro, da sobre ella la bestia inmundada con un alborozo selvático que le vuelve el ente más dichoso de la tierra. Hay observadores que se propasan en estas horribles noticias, llegando al extremo de decir que los negros raras veces faltan á la cortesía debida al sexo femenino, y sin alharacas ni aspavientos, que en un hombre serian ridiculos, condescienden con esas dríadas libidinosas. Las negras por su parte no muestran el más subido punto de terror cuando un gorilla hermoso ó un babuino formidable cae sobre ellas, les habla de amor con las manos, y, fugitivos afortunados, allá se enselvan en esas oscuras soledades, cual otros Chactas y Atala, á vivir en la beatitud de sus amores. Quién sabe qué descendencia dará esa hibridacion horrible en las descubiertas selvas del Africa, donde el cristianismo aun no ha conseguido plantar su símbolo, ni siquiera curiosar con la vista las ruidosas tinieblas de la parte más

desconocida de la tierra? Sátiros, faunos, títeres, silvanos y otras divinidades habitan esos árboles corpulentos y vetustos, y mil y mil Genios tenebrosos que favorecen diabólicamente esas infames aventuras. Si Pasifae amó al toro de Maraton, ésta es una figura mitológica: y el carnero que vivia enamorado de la cortesana Glaucia nunca se desafió con ella ni dió á entender pretensiones abusivas. Pero ese ahinco por la satisfaccion de sus deseos en la especie de los monos; ese ponerlos por obra sin gran resistencia de la parte contraria; ese huir á lo profundo de los bosques para volver al regosto cada dia, ¿ no inducen á sospechar en esas naturalezas montaraces conexiones más estrechas de lo que conviniera á la elevada y noble del género humano? Dios le vió y le amó al hombre justificado: véanos y ámenos á nosotros, cuyo pecado no es sino insuficiencia de razon y sobra de ignorancia. No saber nada en esos misterios fuera lo más sabio; no decir nada, lo más cuerdo. La imaginacion arde y no se quema, como la zarza de Oreb, cuando el corazon está girando en la órbita de la inocencia; mas cuando se pone á requerir profundidades llenas de sombra, corre funesta, como el caballo de la leyenda que se llevaba los muertos rompiendo el silencio de la noche con su fantástico galope.

Puesto en controversia el origen único de la especie humana, no habria cosa que dificultar en orden á la desigualdad de las clases, y la nobleza de la sangre vendria á ser prerogativa natural y esencial en las que la reclamasen y poseyesen á justo título. Si admitimos empero una sola cuna para todos los mortales, el principio de

la nobleza lo hemos de buscar en otra parte. Fundar un hecho en una hipótesis, sería absurdo á todas luces; hablando en uno tan notorio como el de la nobleza, hemos de partir de cosa conocida y reconocida, cual es la verdad del Evangelio. En una de esas efusiones á que suelen entregarse la libertad y la democracia, cuando se encuentran y se besan, como la misericordia y la paz se besan en la Escritura, un tribuno de la plebe dijo en su discurso, que la nobleza procedía del robo, y los nobles todos del mundo habian nacido de asesinos y ladrones. Los negros pintan blanco al diablo, y á sus dioses negros como el ébano. Pero no se trata de pintar de fantasía, sino de averiguar la verdad de las cosas; ni la democracia ilustrada ha menester que los aristócratas todos sean buenos para la horca. Que el alcalde de Zalamea mande dar garrote á un grande de España, está en lo justo; pero que nos pongamos á abrumar á puntapiés á los niños, á ejemplo del zapatero Simon, sin más que porque son hijos de reyes, esto sería ir á galeras cuando el equilibrio social se restableciese. A esa cuenta los Romanoff de Rusia, los Hapsburgos de Austria, los Hohenzollern de Prusia, los Borbones de Francia, los Tudores y Estuardos de Inglaterra, los Braganzas de Portugal debian ser ahorcados en ley de justicia hombres, mujeres y niños? Theroigne de Méricourt lo hubiera sostenido; y Lutz, el cabecilla de los incendiarios de la Comuna, lo ha probado con su tea formidable. La libertad sábia no habla como ese tribuno, ni la democracia virtuosa experimenta en el pecho esas brutales sensaciones. Tiberio Graco alzando el ánimo del pueblo romano á deseo de grandes cosas, puso á

temblar en sus sillones á los senadores patricios; y Mirabeau andaba siempre en su vuelo de águila por las regiones encumbradas de la filosofía y la política. Los grandes demócratas son grandemente nobles: el señorio del ánimo y los alcances de la inteligencia los vuelven dignos de ésta superior doctrina ó principio que se llama democracia. El espíritu elevado descende con gusto á la modestia, y en ella no le falta espacio para holgarse: virtud es ésta que se aviene muy bien con la importancia. Hijo mio, hazte pequeño, le decia Parmenion á Filotás. Hijos míos, haceos grandes, les diria yo á esos pequeños que no hallan medio de prevalecer si no arruinan á los que valen más que ellos. Los verdaderamente grandes lo son por su propia grandeza, no por la pequeñez de los demás. Ese tribuno de la plebe no sabia, sin duda, que el segundo Graco, para hacerse pequeño, esto es moderado, ponía tras sí, cuando hablaba al pueblo, á su esclavo Licinio con su flauta. El que siente una víbora en el corazón, hágase seguir por un criado con su flauta, si no quiere ser Marat ni publicar « El padre Duchesne. » Con semejantes apóstoles, ¿ qué sería de la democracia? Por dicha ésos no son sino la espuma en la cual se van las impurezas de los pueblos, cuando éstos hierven en la efervescencia revolucionaria. Entran en sí mismos, y el caudal de la democracia es manso, puro y saludable. Por muchas vias podemos salir á la comodidad; á la virtud, por una solamente. El que no sigue la de la hombría de bien, no hace buena jornada.

Cuando los habitantes del globo fueron harto numerosos para dividirse en familias; cuando las familias

formaron tribus y las tribus pasaron á componer naciones, natural es que los individuos que en ellas preponderaban por las dotes de la naturaleza prevalecieran sobre los demás y los rigieran con derecho tácitamente reconocido por los ménos fuertes. Quien por la inteligencia, quien por la fuerza, quien por el valor, fuéronse constituyendo superiores, y los hijos de éstos, como descendientes de los más notables, nacian, en cierto modo, naturales al imperio. Las riquezas no eran de ninguna significacion entónces : los hombres ganaban la nobleza por las virtudes, entendiéndose por ellas hasta los defectos grandes y terribles, cuales son fuerza, ambicion, dirigidas por el atrevimiento. Nemrod, el fuerte cazador de hombres, fué el primero que intentó volverse rey y uncir á sus semejantes al yugo de la esclavitud. Ese gigante ha tenido imitadores en todos tiempos; y, cazando estos, cazados esos, ya no hay remedio sino que el poder y la tiranía de unos sobre otros han venido á ser cosa tan difícil de abolir, que despues de cuarenta siglos apénas si los conmueven estos sacudimientos estupendos en que se levanta el mundo con nombre de revoluciones y transformaciones. La nobleza tiene, pues, origen noble, como que ha nacido del talento y el valor, prendas de la naturaleza humana; y si es verdad que el pueblo es siempre más pujante que la clase principal, de esto mismo se deduce que la superioridad de ella es efectiva, ya que no sucumbe ni á los embates más furiosos de la plebe, cuando con razon ó sin ella ésta se levanta, da sus colazos formidables y devora como la serpiente de Bagrada. Qué maravilla es que los tiranos y los nobles

lleven adelante la codicia y la soberbia? Mayor maravilla es que los que son más en número y fuerza vivan por costumbre tan uncidos al yugo del trabajo y la penuria. Dios ha querido contrarestar el poder del pueblo con cierta humildad inherente á su clase, de la cual es raro que se desvie : cuando se les sube á las barbas, los reyes y señores dan un alarido y caen por el suelo. El pueblo es como el buey, trabaja todo el dia : cuando pierde la paciencia, el pueblo es el jabalí de Erimanto.

Conviene averiguar si los grandes hechos de ciertos varones ínclitos inoculan en la sangre de sus descendientes un principio que comporte el respeto y la admiracion de los demás, y si á causa de sus mayores han de gozar inmunidades y prerogativas que los levanten sobre la comunión social; esto es que se llamen nobles, y miren para abajo al pueblo, sin el cual nada serian. No cabe duda en que los grandes hombres labran para su posteridad, y en que sus hijos son acreedores á ciertos miramientos, si prescindiesen de los cuales los pueblos darian en la ingratitud, el peor de los vicios. Mas qué significa la nobleza del ruin palaciego, el cual de la segunda generacion para arriba se veria á oscuras con su árbol genealógico, si ya no fuese á parar en un ahorcado? Siempre podemos apostar veinte contra uno, dice el filósofo ginebrino, que un noble descende de un bribon. No faltará quien responda que él no es descendiente de Juan Jacobo; mas nada prestará la injuria, pues el dicho Juan Jacobo no hizo sino vestir con otras palabras una de las verdades de Platon : No hay rey

que no descienda de un esclavo, dijo el príncipe de los filósofos, ni esclavo que no cuente algún rey entre sus abuelos. Si Platon hubiera dicho : No hay rey que no descienda de un ollero, Agatócles hubiera comparecido arrastrando el grandioso manto de púrpura á corroborar la sentencia de la Academia. Y si su ilustre fundador, por acreditar del todo su proposición se pusiera á dar esta voz paseándose á lo largo de los jardines de Academo : Hola ! porquerizos ! allí se presentara luégo un tumulto deslumbrador de reyes, emperadores y pontífices.

*Platon.* Hola, porquerizos !

*Justino,* antecesor de Justiniano : Aquí estoy !

*Platon.* Hola, porquerizos !

*El gran Taborlan,* rey de los Citas : Aquí estoy !

*Platon.* Hola, porquerizos !

Nadie responde.

*Platon.* Pastores de puercos ! no hay otros ?

Una gran figura vestida de blanco se presenta : trae en la cabeza un « birrete alto y redondo, cercado de tres coronas de oro, guarnecidas de pedrería fina, con un globo ó mundo que sostiene una cruz por remate. » En el dedo anular carga una enorme piedra morada. Este hermoso fantasma anda con majestad é imperio, y no se inclina ante el filósofo.

*Platon.* Quién sois ?

*El fantasma blanco.* Me llamo Sixto V. No habeis llamado á los pastores de puercos ? Platon se inclina, pero no cae de rodillas.

Estos son los fundadores de las primeras noblezas del mundo. El vuelo de la inteligencia y la fuerza del

corazon los levantaron al primer peldaño en esta alta gradería que los hombres han fabricado para ponerse unos sobre otros. La nobleza sale de la plebe y vuelve á ella : en el vaiven sempiterno del género humano todo se trastrueca. Cuántos descendientes de reyes componen hoy la hez del pueblo en las naciones de la tierra ? A nuestra corta vista le parece que las cosas duran mucho ; no es así : el tiempo es impaciente ; no gusta de verlo todo en un mismo sér á cada vuelta suya. El tiempo no vuelve, me dirán. Los rios tampoco vuelven, y con todo el agua es siempre una misma. El tiempo da su vuelta por la eternidad, pero no le podemos seguir ni con la imaginación, y por eso juzgamos que pasa sin regreso. Si no es el mismo, ¿ dónde cae y se deposita el caudal que va corriendo ? de qué abismo inagotable sale el que va viniendo ? Sale de la eternidad, entra en la eternidad. Esta es una region muy oscura para nosotros : Dios ve en ella, pero no nos dice lo que ve : satisfecha nuestra curiosidad, perderíamos la vida. Un antiguo pidió á sus dioses le dejasen ver de hito en hito el sol, tocar su sustancia, saber lo que era la luz, y morir luégo. Los dioses no vinieron en ello. « La filosofía no tiene cosa mejor que el no hacer de la nobleza estimación ninguna. » Si la autoridad de Séneca es decisiva, ahora es cuando. Séneca habla de la nobleza sin méritos intrínsecos, la nobleza heredada que no recibe ningún realce de la persona que se acredita con ella. Mas Séneca hace mucho caso de los Fabios, los Marcios, los Decios, esos nobles que se sacrifican por la patria, propagan las virtudes en Roma, toman ciudades y dilatan los confines de la República. Esos nobles son mucho para el filósofo